V

Caía el telón sobre la catástrofe de la tragedia y los espectadores se aglomeraban en los pasillos recogiendo abrigos y sombreros, cuando Teodora, cogiendo con naturalidad el brazo de Lorenzo, salió delante, siguiéndola Fermina, que se apoyaba en el del general.

Mucho se ha hablado del peligro de verse á solas; pero es más arriesgado todavía, cuando se inician ciertos desórdenes en el alma, el encontrarse aislados en medio de una multitud indiferente. Lorenzo, al romper entre el gentío, notaba contra su brazo un eco débil, pero perceptible, del impetuoso latir del corazón de Teodora, y el ligero temblor del cuerpo que sostenía se comunicaba al suyo. Su mutismo daba indicios claros de que el observar todo esto le causaba honda preocupación. No era la primera vez que habían reinado entre Teodora y el novio de Fermina esos silencios tormentosos, cargados de electricidad, que presagian la tormenta. Sin embargo, Lorenzo, descuidado

aún, con la conciencia tranquila á pesar de la involuntaria vibración de sus nervios, no se daba cuenta sino de dos cosas bien inocentes y naturales: que Teodora estaba muy triste y que á él la tristeza de Teodora le inspiraba profunda compasión, mezclándose en el sentimiento extraño y enervante que sufría las recientes impresiones de la tragedia de Racine y las ya familiares del trato con Teodora.

Mientras los dos callaban, protegidos por el hervidero de la gente apresurada y distraída, Gurrea Pinós no se tomaba ni el trabajo de mirarles. Al veterano no le tocaba el papel de observador, porque no necesita observar quien adivina. Sin poder alegar razones ni pruebas que evidenciasen el delito, Gurrea había llegado á tenerlo por seguro en el pensamiento de los culpables. Y este convencimiento, que se impuso al viejo súbitamente, era tan cruel, que consiguió un instante doblegar su probada fortaleza; olvidóse de que llevaba á Fermina del brazo, y clavó la quijada en el pecho, tan cejijunto y sombrío, que la muchacha se alarmó, y dijo cariñosamente, dando al veterano un nombre que él solía reclamar en broma:

—¿Qué hay, papá? ¿Tiene V. algo? Se ha puesto V... así... muy arrebatado, de pronto.

—No es nada, hija querida...—contestó él rehaciéndose.—Es que estos malditos teatros son un envenenadero. No se respira aquí sino miasmas. Además, esa tragedia me ha dado asco.

— A mí lo mismo—asintió Fermina.—No debían representarse tales cosas. ¡Y Jacinto empeñado en que es preciosa y en que no lo entendemos!

- Respeto muchísimo—repuso Gurrea con ironía mal encubierta—la opinión de mi amigo el Sr. D. Jacinto, que es un sabio, mientras yo sólo soy un soldado y no tengo más libros de estudio que el Catecismo y la Ordenanza: pero, hija mía, no hay quien me convenza de que quepa hermosura ninguna en sacar á la escena pecados tan horribles. Y seré un ignorante, lo seré; pero me complace que te hayan ruborizado las maldades de la bribona de Fedra. Una mujer de bien, ¿cómo va á resistir sin abochornarse tales inmundicias?

—¡Que les oigo á Vds.!—dijo festivamente Jacinto, ocupado en abrirse paso y en acabar de enrollar al cuello un pañuelo de seda blanca, preservativo contra los catarros bronquiales á que era propenso.—¡Que les oigo, y que les azoto por blasfemos! Esa tragedia de que Vds. se asustan se representaba ante las damas y caballeros de la corte de Luis XIV. Me parece...

—Valientes bellacos y bellacas serían—afirmó Gurrea.

—Hipólito sí que me es simpático—añadió Fermina, contestando á la vez á su hermano y al general.

—Hipólitos hay pocos, cuando encuentran con tunantas—pronunció duramente Gurrea, que hablaba consigo mismo.

—Y ¿dónde se han metido Lorenzo y Teodo-

ra?—preguntó ansiosamente Fermina, que ya no veía á su novio.

—En el pórtico esperarán—indicó Jacinto.

—Démonos prisa—exclamó el general, arrastrando con fuerza á su futura hija política, sin hacer caso de las miradas y cuchicheos que la conversación en español causaba entre la apiñada concurrencia.

Por más prisa que se dieron, habrían pasado diez minutos cuando lograron reunirse al pie de la escalinata con Teodora y Lorenzo, cogidos aún del brazo. El rostro de Teodora despedía una especie de resplandor, que pareció insolente y elocuentísimo al viejo. «Ya ha caído mi desdichado hijo» pensó, sin poder explicarse de otra manera el brillo de los magníficos ojos de la Montcal. El caso es que si una persona menos ejercitada en la sospecha y el presentimiento que Gurrea hubiese escuchado el corto dialogo de Teodora y Lorenzo, encontraría que era la cosa más sencilla é insignificante del mundo.

—¿Acostumbra V. madrugar?—había dicho de pronto la señora.

—Tanto como acostumbrar... no; pero madrugo algunas veces. Por gusto de mi padre me levantaría con el sol—respondió Lorenzo sin comprender, pero ya prevenido.

—¿Le asusta á V. la idea de... levantarse mañana a las siete, y... recogerme en mi casa... á las ocho y media?

—¡Asustarme!—murmuró el mozo, que á pesar suyo se turbó algún tanto.—¡Asustarme, Teodora! Disponga de mí.

—Es que quiero comprar unas sorpresas á Fermina... y que no se entere... y que V... que V... dé su opinión... Son regalos...

—Perfectamente—murmuró Lorenzo, á quien tan verosímil explicación desconcertó algo, sin saber por qué.

—¡Mucho sigilo!—añadió Teodora gravemente.—¡Que *nadie* lo sepa! Es condición precisa.

—Y al subrayar el *nadie* con cierto énfasis imperioso, Lorenzo sintió que á su padre se refería el encargo, y en vehemente efusión respondió bajo, casi al oído de Teodora:

—Haré lo que V. quiera, todo lo que V. mande, y mañana, y siempre.

Teodora experimentó por segunda vez una alegría mortal. Nada grave significaban tomadas al pie de la letra las palabras de Lorenzo: en otros labios y sin antecedentes serían una vulgaridad cortés: pero el tono de voz y la visible alteración del que las pronunciaba, les daban recóndito sentido. Y el mismo Lorenzo, al acabar de decirlas, sintió algo de sorpresa, porque le parecía que quien se expresaba con tal calor por su boca era otra persona, un Lorenzo nuevo y desconocido.

—¡Qué hermosa es *Fedra!*—articuló Teodora así que pudo respirar, desviándose con maña de la conversación anterior

—Demasiado hermosa. Hace daño,—contestó Lorenzo.—Yo no la conocía. A mi padre no le gusta que vaya mucho al teatro, y sobre todo á los teatros serios. ¿No parece imposible? Mi padre prefiere las bufonadas: en el *Vaudeville*

y en el *Palais Royal* goza como un chiquillo y se ríe á carcajadas de las estupideces y las barbaridades. Y yo, entretanto, me duermo.

Hizo Teodora un movimiento imperceptible de desdén. Su perspicacia, redoblada por la viva tensión de todas sus facultades en una hora que consideraba decisiva, la decía que el enemigo era el general, y que ayudando á destruir su prestigio, aniquilaba su poder. Sonrió, y articuló como si hablase consigo misma:

—Es natural que no entienda á *Fedra*, y que le encanten Lulú Albine y Charles Rigolo.

Y sus ojos encontraron los ojos de Lorenzo, y se detuvieron allí algunos segundos. Lorenzo no los bajó, y pronunció quedamente, con afán:

—¿Mañana... á las ocho y media?

Hizo la dama ligera señal de asentimiento. Casi al mismo instante se reunió al grupo el otro compuesto de Fermina, el general y Jacinto; y un lacayillo, ladeando el lustroso sombrero de enhiesta cucarda, avisó con respetuoso *Madame* de que el coche esperaba allí, á dos pasos, á la salida.

Era la noche de las frescas de primavera en París, que convidan á velar, á andar y á beber aire. Algo más que aire deseaba beber Jacinto, pues á semejante hora una bavaresa de espuma de chocolate y una *brioche* desmigajada en ella le confortaban singularmente el débil estómago. Se convino en que bajarían á pie por el bulevar, y el coche les aguardaría á la puerta de un café muy de moda, donde re-

frescarían todos. A las doce ó doce y media de la noche, los principales bulevares, sin perder enteramente su animación, empiezan á verse libres del denso gentío que de día obstruye esa pletórica arteria parisiense. Los parroquianos de cafés y *restaurants* se instalan en mesas colocadas en la acera, y las cortesanas de oficio, solas en su velador, arreboladas, peripuestas, en estudiada actitud, esgrimiendo el pie, tratan de cazar al paso á cualquier incauto pajarillo. Si una señora acompañada por caballeros se sienta cerca de alguna de estas buenas alhajas, ¡guarda la ojeada insolente y la risita mofadoral Por evitar vecindades semejantes, Jacinto escogía siempre una mesa dentro del café, en una esquina, donde le servían volando, porque sus generosas propinas eran comentadas entre los mozos, que sabían por experiencia que la gente en París no derrocha ni quince céntimos por el gusto de derrocharlos.

Teodora pidió un sorbete y se sentó, afectando dejar á los novios juntos. No deseaba otra cosa Fermina, siempre codiciosa de palique; pero Lorenzo, menos dueño de sí mismo que la esposa de Castellá, conmovido aún por las palabras que se habían cruzado entre los dos, é imprevisor por lo mismo que su intención no era aún deliberadamente culpable, no pudo menos de apartar la mirada del rostro de Fermina y recrearla en el de Teodora, que serena é impasible saboreaba á cucharaditas el sorbete. Aunque el general era en aquel instante víctí-

ma de Jacinto,—que le explicaba la leyenda mitológica de *Fedra*, los precedentes de la obra de Racine en Séneca y en Eurípides y las intriguillas de Mad. Deshoulières y el duque de Nevers para conseguir echar abajo á la *Fedra* del gran poeta y ensalzar la de su émulo Pradon,—no se le escapó la mirada de su hijo, ni le engañó la calma de Teodora. Tan sobre aviso estaba, que presintió lo que iba á suceder: que estinguida la conversación entre los novios, Fermina se pondría encapotada y ceñuda, como siempre que ocurría esto,—y ocurría de algún tiempo acá con frecuencia, por involuntario cansancio del joven, que no sabía qué decir á su futura.— Lorenzo, después de pedir otro sorbete como el que estaba tomando la señora de Castellá, se situó casi de espaldas á Fermina, tan inadvertidamente que el veterano le hizo una expresiva seña. «Los hombres tienen espalda» advirtió la misma Teodora, sonriendo á su propio rasgo de habilidad; y Lorenzo, algo confuso, hubo de volverse, dando una excusa que era casi un agravio:

—¡Ay!... ¡Perdón!... ¡Estaba distraído!

Fermina calló, pero un mohín violento contrajo su boca, y sus ojos se nublaron; y el general, paladeando el primer sorbo de la copa de aguardiente de Riga que había pedido,—por no haber allí Ojén, ni noticia de él siquiera—reflexionó un minuto; y de repente, volviéndose hacia Jacinto, soltó este cañonazo:

—Amigo señor de Castellá, siento el disgusto que voy á dar á mis hijos queridos, á los dos

tórtolos, pero... ya no lo callo más, porque se acerca el término, y no hago nada con tapujos.

—¿Qué es ello, querido General?

—¡Si me parece que ya le hablé á V. del negocio! ¿A que salimos con que no se acuerda? Se trata del viajecillo que tenemos que hacer Lorenzo y yo á España... Una correría de tres ó cuatro meses... Pero que no se asuste Fermina: volveremos al tiempo señalado para la boda. ¡No faltaba más! La víspera de la ceremonia, aquí estamos más fijos que el sol.

Si el general contaba con el efecto de este golpe que se le había ocurrido mientras bajaban el bulevar á pie, y que acababa de decidir sorbiendo el aguardiente, no se equivocó respecto á Lorenzo, pero hubo de sufrir una decepción por lo que á Teodora respecta. Mientras la hermosa y morena faz de su hijo se demudaba de asombro, la de Teodora no se alteró poco ni mucho, ni se borró de sus labios la sonrisa, ni tembló la mano con que sostenía la cucharita llena de *parfait*. Diríase que tomaba del sorbete ejemplo de frescura.

—No sabíamos nada de esos planes,—gritó Jacinto —Nunca me habló V. de ellos. Y me parecen una atrocidad. ¡Separar ahora á los novios! V. se ha olvidado de sus veinte, querido Gurrea.

—Amigo mío, ante el interés y la necesidad... Como el viaje tengo yo que hacerlo, en cierto modo, de incógnito, no lo he trompeteado por ahí... Pero al tomar estado Lorenzo, es preciso revisar papeles, arreglar asuntos, hablar con

parientes y amigos de allá, cortar cuestiones pendientes, tocar ciertas teclas... El viaje es indispensable.

—Que vaya V., bueno—exclamó Fermina recobrando la palabra y con la inconsciencia egoista del amor;—pero Lorenzo, ¿qué necesidad tiene de ir?

—No puedo prescindir de él, hija mía, porque lo más embrolladito es precisamente la herencia maternal de Lorenzo, y tiene que firmar, que hacerse cargo... Las señoras no entienden de esas incumbencias, que son cuenta nuestra solamente.

Teodora, que á la sazón abrochaba sus guantes y se pasaba el pañuelo por los labios, tuvo un quite maestro:

—¡Cómo les envidio, general! Lo que sentimos Jacinto y yo es no poder dar también nuestra vueltecita por España. Hacen Vds. muy bien, aunque la pobre Fermina se aburra un poco... Quedamos aquí para distraerla. ¿Verdad, monina mía?

La hermana de Jacinto se echó atrás, rehuyendo una demostración cariñosa de su cuñada.

VI

Si cuando el guerrillero se recogió á su casa aquella noche hubiese tenido á su disposición, como antaño, hombres y armas, no le arriendo la ganancia á lo que se le pusiese por delante en ocasión tal, fuese cosa ó persona, los muros de una ciudad ó el frente de una división. La ira le congestionaba hasta causarle vértigos, síntoma alarmante en un viejo tan sanguíneo que todos los años tenía que tomar, en primavera, bebidas refrescantes y dosis de aconitina más ó menos graduadas. Habíale encargado mucho el médico que evitase airarse, pero en aquel caso sólo no se airaría un santo de piedra. ¡Su hijo; su obra; la criatura humana por quien se había impuesto trabajos y sacrificios, el ser de quien se creía obligado á responder ante Dios, la prolongación de sí mismo, su orgullo y su recompensa... cogido en las redes del demonio, sepultado en el abismo de la perdición, marrando á la vez su bienestar y dicha en este mundo y su salvación en el otro!